

El sentido de la experiencia. literatura, memoria y testimonio en la argentina de los 90.¹

Edgardo H. Berg²

“El pasado y el futuro.
lo que pudo haber sido y lo que ha sido,
miran a un solo fin, siempre presente”
(T.S. Eliot)

Me voy a referir, brevemente, a tres textos de los últimos noventa que, desde distintas modulaciones discursivas (que van de la novela, pasando por el testimonio periodístico y la entrevista, al ensayo sociológico y político), actualizan la experiencia del pasado, imponiendo una temporalidad que se aparta de la linealidad del relato historiográfico clásico, configurando discursivamente una trama de remisiones superpuestas. Y retomando la herida intempestiva del tiempo, exploran los límites de lo enunciable y de lo narrable, experimentando (repitiendo) un pasado inacabado e inconcluso. Son textos que vuelven a narrar la experiencia de la última dictadura militar en la Argentina (1976-1983) desde un presente que interroga el pasado. ¿Cómo volver a narrar una experiencia límite? ¿Qué queda de ese pasado en el presente? ¿Cuál es el futuro de ese pasado?³

“Con su memoria, Villa, usted tiene que estudiar medicina” (Luis Gusmán)

La cita podría pensarse como un delgado tejido que articula la historia con una práctica y un aprendizaje de un sujeto sobre el cuerpo ajeno. Pero cuando el registro de los acontecimientos (la notación paciente y temerosa de sucesos ilegales como cómplice silencioso) se anuda con la intervención política y quirúrgica sobre cuerpos inocentes, la historia, en tanto prognosis, se transforma en un teatro siniestro de crueldades, donde matar se convierte en un asunto médico.⁴

Con la novela *Villa* (1995), Luis Gusmán pudo resignificar, en los límites del lenguaje narrativo, el peculiar punto de vista del victimario, al contar otra historia (la misma historia) desde la conciencia perturbada y el punto de vista de un médico colaborador de la máquina represiva del Estado.⁵ El narrador de la novela de Gusmán, como ustedes saben, es un médico que pasa de ser un empleado del Ministerio de Bienestar Social a integrante de los comandos de exterminio del lopezreguismo, primero, y, luego, de la última dictadura militar en la Argentina. La novela, entonces,

¹ Esta comunicación es un extracto de mi libro *El sentido de la experiencia. Literatura, memoria y testimonio en la Argentina de los 90*. Verlag: EAE, 2012.

² UNMdP, CELEHIS

³ Huysen, Andreas (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México, F.C.E.

⁴ Luis Gusmán. *Villa*. Buenos Aires: Alfaguara, 1995, p. 24.

⁵ Salvando, una olvidada novela de Andrés Rivera, *Los vencedores no dudan*, la literatura argentina hasta ese momento, sólo había contado la historia reciente desde el punto de vista de las víctimas y derrotados. Ver Andrés Rivera. *Los vencedores no dudan*. Buenos Aires: G.E.L., 1989.

construye el habla de un partícipe civil directo del terror del Estado, y lo hace desde el registro íntimo de la primera persona y de las jergas privadas del aparato estatal genocida. Ambientada en la década del 1970, en el caótico período político de la Argentina, que sucede cuando el General Perón muere y los primeros años del gobierno militar, la novela de Gusmán cuenta centralmente la historia de un subalterno, de un “mosca”, tal cómo son denominados los servidores de los jugadores de póquer (“Un mosca es el que revolotea alrededor de un grande. Si es un ídolo, mejor”, afirma el texto). Personaje que hará de su oficio un destino y que se constituirá en relación de sumisión y subordinación con el poder de turno. Villa pasa de “mosca” a médico del Ministerio de Bienestar Social y como médico, no será otra cosa que un engranaje de una compleja máquina burocrática de gobierno. Esa experiencia histórica que atraviesa el personaje, deja vislumbrar la compleja interacción entre subordinación y complicidad civil. Un vaivén contradictorio que, en Villa, irá del orgullo conformista como subordinado (un médico-soldado que cumple órdenes claramente criminales) al remordimiento que, paulatinamente, lo ahogará a medida que transcurran los hechos.

Villa nunca es protagonista de su propia historia y siempre es la sombra de alguien. Si la figura del padre, el motivo del doble y el tópico de la muerte aparecen como motivos recurrentes en la literatura de Gusmán, la ausencia de la figura del padre en la vida de Villa es sustituida y desplazada permanentemente por la palabra y el mando de los otros, personajes que siempre ofician como “ley” (Firpo su jefe, más tarde Villalba). El autor sumerge al lector a partir de la mirada de Villa en un mundo de violencia, tortura e ilegalidad que circunda la Argentina en esos tiempos. Las acciones del protagonista prefijadas por las órdenes y los pactos de las jerarquías (en definitiva las prácticas ilegales, amparadas o solicitadas por el terror del Estado), se conjugan en un juego perverso y sádico de ocultamiento y evidencia.

Si se quiere, la última dictadura militar articuló un relato médico para extirpar, sin anestesia, “el cáncer del cuerpo social”. En este sentido, los doctores Villa, Firpo y Villalba no se separan de la solapada complejidad de una trama de intrigas personales, convenciones ruines y miserables que fisuran, aunque sin quebrantar del todo, la convivencia entre médicos y militares. Los conceptos de lealtad y acatamiento, nítidamente perfilados en el protagonista (aunque es difícil hablar de protagonismo en un personaje que está atravesado por los actos de los otros) son inscriptos sobre una atmósfera de amenaza y paranoia que permiten pensar en la posibilidad de una trampa o traición inminentes.

Lo público y lo privado esconden y condensan la complicidad de la sociedad, la trama secreta de aquellos que habitan sobre una ciudad sitiada y llena de cadáveres. Si el Estado se sostiene con prácticas ilegales para sostener un poder totalitario y violento, el punto de anclaje es una comunidad basada en los valores de una doble moral. La apatía moral y la ceguera deliberada de su narrador (Villa) desnudan y escenifican los engranajes del Estado, aceitado para producir sujetos cómplices de la persecución política y de los crímenes abyectos; enhebrando una red de alianzas tendientes a encubrir e impedir el acceso a la verdad y distorsionar la memoria pública.

Cuando Villa se interna en los meandros de su memoria y registra en un informe (burocrático) las atrocidades de las cuáles fue partícipe, el mundo inmotivado de las

casualidades se desmorona y disuelve. Los pactos y el sistema de lealtades que tejen su mundo se han resquebrajado para siempre. Villa no muere por no poder olvidar, como Funes el personaje del cuento de Borges, pero su último destino, el traslado a Resistencia prefijado por Villalba, confirman la naturaleza de su elección: ser un “mosca” es también saber acatar las órdenes de los superiores, aunque estas estén signados por la traición y el oprobio.

Querer olvidar la radicalidad del mal, como decía Hannah Arendt, es pretender obstruir el recuerdo de la inmoralidad absoluta del genocidio.⁶ Gusmán, al transitar sobre nuestro pasado reciente, no intenta meramente un camino retrospectivo, sino, más bien, volver sobre las razones de su engendramiento.

“Como siempre en la historia humana, los grandes secretos son descubiertos por una conciencia solitaria, en este caso la de alguien que lentamente se desprendió de las servidumbres institucionales. Cuando Scilingo perdió pie y estuvo a punto de caer al mar junto con una de sus víctimas se resquebrajó dentro de sí el mecanismo militar de despersonalización y deshumanización. Por primera vez pudo ver al enemigo como un ser humano”. (Horacio Verbitsky)

Así como Zola, hacia 1898, escribe su alegato a favor del capitán Alfred Dreyfus, en una *carta abierta* dirigida al presidente de la República de Francia y publicada en el diario *L’Aurore*, Walsh hace lo suyo, denunciando la violación de los derechos humanos de la última dictadura militar, a partir de la práctica sistemática de la tortura, los secuestros clandestinos, la desaparición de personas, los fusilamientos sin juicio y la aparición de los campos clandestinos de concentración. Si se quiere esos cuerpos mutilados y arrojados al mar anticipaba, los “vuelos” de la muerte que narrara más tarde Horacio Verbitsky en su libro, justamente, titulado *El vuelo*.⁷

La contundencia y la eficacia de las palabras de Walsh abre una grieta entre el antes y el después de la historia del periodismo argentino. Walsh como nadie (quizá como Arlt) fue capaz de expresar los avatares de la búsqueda de la verdad en la persistencia de una pasión. No-velar la historia en el momento en que no era preciso decir, hasta los propios límites de lo comunicable, quizá haya sido su mayor apuesta, su

⁶ Ver Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza, 1982, vol. 3, p. 592.

⁷“Entre mil quinientas y tres mil personas han sido masacradas en secreto después que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres que en algunos casos han trascendido, sin embargo, por afectar a otros países, por su magnitud genocida o por el espanto provocado entre sus propias fuerzas. Veinticinco cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas, pequeña parte quizás del cargamento de torturados hasta la muerte en la Escuela Mecánica de la Armada, fondeados en el Río de la Plata por buques de esa fuerza....”, afirmaba elocuentemente Rodolfo Walsh (p. 208). Cfr Rodolfo Walsh [1957] (1988). *Operación masacre*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor (la edición de 1988, contiene como apéndice la “Carta abierta de Rodolfo Wlsh a la Junta Militar”, texto que refiero en el cuerpo del trabajo) y Verbitsky, Horacio [1995] (2004). *El vuelo*. Buenos Aires: Sudamericana/Página 12.

compromiso político y ético. Su cuerpo, el cuerpo de la escritura arderá siempre como faro en la detección de la historia argentina.

En este sentido, bien podría pensarse a Horacio Verbitsky como uno de los continuadores de los surcos trazados por los textos walshianos. Basta pensar en los traslados y similitudes estructurales entre su tercer libro de investigación *Ezeiza* (1985) -luego de *Prensa y poder en el Perú* (1974) y *La última batalla de la Tercera Guerra Mundial* (1984)- y *Caso Satanowsky* (1958) o *¿Quién mato a Rosendo?* (1968) de Rodolfo Walsh, para advertir cómo los tics retóricos, la acumulación de documentos, los croquis de reconstrucción de los hechos trágicos del 20 de junio de 1973, la configuración de los marcos de lectura, la intriga política y la inscripción del suspenso, son motivos suficientes para reconocer los gestos de escritura deliberados que reenvían al legado de su maestro. Sin embargo, lo que en Walsh era una construcción sofisticada a partir de su aprendizaje hecho sobre el género policial (en este sentido, *Variaciones en rojo* [1953] debería pensarse en relación a *¿Quién mató a Rosendo?* o *Caso Satanowsky*), que reconocía sus antecedentes en ciertos postulados propios de la vanguardia histórica europea (en particular con los modelos de experimentación con el documento puro reflejado en algunos ejemplos de la literatura rusa y alemana), en Verbitsky la escritura testimonial adscripta todavía a cierta ilusión referencial, cede a los imperativos de la (de) mostración y proliferación de las pruebas documentales, la exhibición de los datos históricos y de los marcos de referencia previos.⁸ Adscrito al llamado periodismo de investigación, los textos de Verbitsky plantean una serie de interrogantes en su configuración discursiva, propias del registro de no ficción. Si se quiere *El vuelo*, como en sus anteriores textos, exhibe los dilemas de configuración formal del registro y, por otro lado, establece una zona de control lingüístico y de estrategias de legitimación. Sobre el plano de la enunciación surgen una serie de dilemas en la constitución del sujeto del testimonio. ¿Quién habla en el texto de Verbitsky? ¿Quién en el intercambio de las voces locutoras de una entrevista? ¿Quién entre los diversos egos, sujetos de la nominación? ¿El sujeto de la confesión? ¿O el sujeto que oficia como partera de la historia silenciada? ¿El que transcribe y da voz al testigo o el que habla mediado por un grabador?

El texto muestra de manera deliberada los avatares de la investigación y las marcas de la experiencia "verdadera" (la transcripción de la voz de Scilingo, los cortes de las cintas grabadas y las negociaciones entre Verbitsky y el ex marino escenificadas en el texto, las hipótesis previas del periodista investigador reactualizadas y confirmadas por nuevos descubrimientos, la impresión de los datos factuales y de los documentos

⁸ Resulta, por demás sugerente, que *El vuelo* de Horacio Verbitsky repita un epígrafe que servía como contexto de enunciación y de sentido en la novela *Respiración artificial* de Ricardo Piglia. El texto de no ficción de Verbitsky se abre con un epígrafe del *Ulises* de Joyce ("History is a nightmare from which I am trying to awake") y la cita joyceana ("La historia es una pesadilla de la que trato de despertar") ya había aparecido en 1980, trastocada e invertida en su traducción, en el intercambio epistolar de Emilio Renzi y Marcelo Maggi, dos de los personajes de la novela de Piglia ("La historia es el único lugar donde consigo aliviarme de esta pesadilla de la que trato de despertar). El desplazamiento y el encubrimiento de la cita en la palabra de Maggi daba comienzo, en el rastreo de los ancestros, al proceso de intelección de la historia y la cultura argentinas. Provocar la alteración y la inversión del orden es la lectura que propone la novela del presente histórico (dictadura militar), al que nunca se nombra: dotarlo de sentido a partir del hallazgo del pasado. Cfr. Ricardo Piglia. *Respiración artificial*. Buenos Aires: Pomaire, 1980.

probatorios).⁹ El efecto de tensión e intriga que inscribe *El vuelo*, refiere, si se quiere, al interés por la investigación y la constitución del testimonio. Lo que cuenta Scilingo es una historia conocida. La Agencia Clandestina de Noticias creada por Rodolfo Walsh y el relato de algunos sobrevivientes dieron cuenta del asesinato de personas que eran arrojadas al mar desde aviones del Ejército.

Verbitsky reconstruye la génesis y los motivos de la confesión del ex represor y victimario, reescribe las notas de investigación anticipadas en el diario *Página 12* (aquí como en otros pasajes textuales, el sujeto del testimonio Scilingo se desplaza y cede paso a la entidad locutora del libro que escribe, fragmentariamente, su propia biografía profesional) y contextualiza el lugar de enunciación.

Si el relato de Scilingo muestra cómo la última dictadura militar apuntó a diluir la responsabilidad personal ("era una orden y se cumplía") y de borrar los rastros asesinos (donde las futuras desapariciones eran "trasladados", y "asesinar" era "mandar para arriba"), las palabras, en su envés, también quedaron impregnadas por la pátina mortuoria del horror. La culpa, el instinto animal de supervivencia, no deja olvidar las marcas de la historia grabadas en los cuerpos de las víctimas ("No puedo sacarme de encima la imagen de los cuerpos desnudos apilados en el pasillo del avión, como en una película del nazismo", p. 54).

El presente flota disperso e incierto, en un ir y venir, y es absorbido por el pasado. Verbitsky, en uno de los mejores pasajes del texto, imagina a Scilingo en su habitación, casi sonámbulo, perdido en la tierra de sombras de su memoria. Su mirada se ha perdido en un país cubierto de cadáveres. La imposibilidad del testimonio en tanto saber de los hechos, como afirma Giorgio Agamben, cobra existencia y se transforma en acto a través de la posibilidad de hablar.¹⁰ Y si Verbitsky se detiene en el punto ciego y oculto de la experiencia del testigo, es porque allí se encuentra la clave de la reconstrucción.

Alguien busca confirmar una verdad e interroga, otro, un personaje tan mediocre y atroz como el Adolf Eichmann de Hannah Arendt, sabe, se quiebra y formula una respuesta.¹¹ Lo que se esconde suele decirse en la confesión. La repetición de la voz en las sesiones de grabación da razones al dolor y nombra aquello imposible: el secreto inconfesable.

“Alguien debía sobrevivir para testimoniar y contar;
alguien debía construir la memoria de los campos de
concentración” (Pilar Calveiro).

¿Cómo narrar el horror? ¿Cómo transmitir la experiencia del horror? Todo relato sobre el cautiverio político oscila, si se quiere, entre la pesadilla del recuerdo y el acto

⁹ No habría que olvidar que la confesión en tanto género tiene su origen en el siglo XIII. Según Michel Foucault, se asocia a la práctica religiosa y cristiana que moldeaba la conducta de los sujetos y producía efectos de verdad. La reglamentación del sacramento de la penitencia en 1215 por el Concilio de Letrán, desarrolló las técnicas de la confesión y el desarrollo de los métodos interrogativos y de investigación. En el orden de los poderes civiles y religiosos en la Edad Media. Ver Michel Foucault. *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*. 1992. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 72-92.

¹⁰ Cfr. Giorgio Agamben *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer II*. Valencia: Editorial Pre-Textos, 2000, p. 153.

¹¹ Hannah Arendt. *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Lumen, [1963] 2001.

de fidelidad con las víctimas. Para quien retornó del infierno, para los sobrevivientes el relato en primera persona se presenta como un testimonio que parece pertenecer a otro mundo.¹²

En el caso del sobreviviente, se trata de un habitar el presente desde el pasado, un estar atrapado en el tejido de los recuerdos: no ha muerto pero ha estado cerca de morir, ha conocido el mal desde su interior pero le ha sobrevivido; por esta razón su vínculo con el presente se ve atravesado permanentemente por el fantasma de lo vivido y por la culpa de haber sobrevivido. En este sentido, el testimonio de lo ocurrido representa no sólo un “impulso y una liberación” para los que sobrevivieron a la catástrofe del mal sino también una obligación, una deuda con los que murieron

Basado en testimonios de las víctimas y en su propia experiencia personal como cautiva y sobreviviente, el libro *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (1998) de Pilar Calveiro (ex militante montonera y ex detenida desaparecida en la Escuela de Mecánica de la Armada) reconstruye los centros clandestinos de detención y exterminio de la última dictadura militar en la Argentina.¹³

Si el testimonio, como afirma Gianni Vattimo, presupone un compromiso de la persona, una relación constitutiva del individuo con la verdad, de tal modo que la verdad es la verdad de alguien que la testimonia, Pilar Calveiro decide relegar el yo testifical y adoptar la distancia de una tercera persona para anteponer a las marcas temporales, el rigor crítico de su análisis político.¹⁴ El yo se escribe a sí mismo como un otro entre otros, originando una suerte de biografía social y colectiva. Esa es la originalidad y, si se quiere, la extrañeza testimonial del libro. El desplazamiento enunciativo que adopta Calveiro en su libro, es una operación discursiva que desplaza la primera persona de un eventual testimonio hasta tal punto que la autora llega a poner su nombre entre otros nombres, sin ni siquiera decir “yo”. Como afirma Juan Gelman, en el prólogo del libro, cuando su nombre aparece en el libro, sólo sirve para registrar una entre tantas cifras del horror: “Pilar Calveiro: 362”, el número que los represores le adjudicaron en la ESMA.¹⁵

Hablar como si uno fuera otro. Ese despojamiento de un sobreviviente de los campos de exterminio de la Escuela de Mecánica de la Armada tiene mucho que ver con una actitud moral. La experiencia del horror, de alguien que estuvo allí y sufrió los tormentos y los vejámenes en su propio cuerpo, no necesita ser enfatizada ni subrayada. Esa es la eficacia que logra el ensayo de Pilar Calveiro, al contraponer el relato del martirio con el distanciamiento crítico de su escritura.

¹² Ver Primo Levi. *Trilogía de Auschwitz. Si esto es un hombre. La tregua. Los hundidos y los salvados*. Barcelona: El Aleph Editores, 2005.

¹³ Cfr. Pilar Calveiro. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Colihue, [1998], 2004.

¹⁴ Cfr. Gianni Vattimo: “El ocaso del testimonio y el problema del sujeto”. *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*. Barcelona: Península, 1990, pp. 43-59.

¹⁵ En 1988, el escritor argentino Antonio Marimón publicó una novela testimonial, *El antiguo alimento de los héroes* y quizá constituya un punto extremo de tensión en el arco del registro de no ficción y un buen ejemplo, del uso y experimentación del mismo. El sujeto “biográfico” para poder narrar el círculo del infierno, la topología del terror público en la vida privada (la experiencia en los campos de concentración), se desdobra y exilia, cede al peso (auto)biográfico y cruza la frontera: del otro lado del testimonio “puro” se puede contar, narrar lo inenarrable: las marcas de la violencia inscriptas en el propio cuerpo. Ver Antonio Marimón. *El antiguo alimento de los héroes*. Buenos Aires: Punto Sur, 1988.

Es así como Pilar Calveiro elige alejarse de la espontaneidad y la “sinceridad” de un relato personal para interrogar sobre la génesis, naturaleza y modalidad del poder totalitario, fundado en el principio de la desaparición y la persecución paranoica del opositor y disidente político. ¿Cómo y por qué fueron posibles los campos de concentración en la Argentina? ¿A qué proyecto político respondía? ¿Cuáles fueron los lazos que unían los campos de reclusión y la sociedad? ¿Qué lógica podía tener la presencia de sacerdotes y médicos en los campos de exterminio?

A través de la experiencia de los campos, la autora analiza el establecimiento de una lógica binaria, de campos ideológicos enfrentados, por el poder militar (víctima/victimario, traidor y héroe), donde lo diferente constituía un peligro inminente. Un plan coherente y consciente para estigmatizar al otro social (el adversario, el opositor, el subversivo), despolitizando la sociedad en su totalidad y engendrando una lógica de la desaparición como nueva forma de intervención política. El Estado se valió de la figura del desaparecido, quien a partir del secuestro, clandestino e ilegal, no sólo dejaba de tener presencia civil, sino que también perdía sus derechos y era privado de toda comunicación posible con el mundo exterior. El destino final del “desaparecido”, en la mayoría de los casos era el “traslado”, es decir su muerte oculta y delictiva. Una vez ejecutados, los cuerpos eran enterrados o incinerados en fosas comunes, o arrojados al mar en los llamados “vuelos de la muerte”.

Intentando desentrañar el origen del genocidio, Calveiro va a señalar y ligar una serie de episodios políticos que, con avances y retrocesos, van a ir desarrollando el mecanismo represivo del totalitarismo de Estado y desembocarán de manera abierta en lo que ella denomina el “poder desaparecedor”. A partir del golpe de Estado del general Urriburu en 1930, las Fuerzas Armadas van a comenzar a funcionar como partido de la clase dominante.¹⁶

Es así que a lo largo de la historia Argentina, civiles y militares han tejido la trama del poder, ya sea como ejecutores de un plan político o como cómplices silenciosos del poder económico. Y si la institución militar siempre estuvo basada en un orden vertical y en los principios internos de orden y obediencia, la sociedad civil a lo largo de los golpes de Estado contemporáneos y de la irrupción del poder militar, comienza a desnaturizarse y, paulatinamente, por diseminación, se constituye como una sociedad de control, basada en la disciplina. Si la autora se detiene en particular en los años sesenta, con el Cordobazo y la irrupción del amplio movimiento estudiantil y obrero de impugnación con el orden establecido, es porque sobre esa época, aparecerán las primeras organizaciones guerrilleras urbanas como una forma radical del enfrentamiento político. Lo que había empezado como un cuestionamiento al poder

¹⁶ Pilar Calveiro parece retomar la genealogía de la violencia y del poder militar en la Argentina desarrollado en las novelas y ensayos de David Viñas. Si bien es cierto que el libro de Calveiro puede leerse sobre la base de los paradigmas teóricos señalados, la producción narrativa de David Viñas, en tanto diagrama hermenéutico y evaluación ideológica de la historia argentina, puede pensarse en diálogo con el ensayo sociológico de la autora. Para observar los marcos teóricos y el sustrato ideológico del análisis de Calveiro, ver Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza, 1982, 3 vol y *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Lumen, 2001. Asimismo, cfr. Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos, 1997; Michel Foucault. *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI, 1976; *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1979; *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1992; *Genealogía del racismo*. La Plata: Editorial Altamira, Colección Caronte Ensayos, 1996; *Hermenéutica del sujeto*. La Plata: Editorial Altamira, 2002.

militar establecido, hacia los setenta, la desobediencia armada, se asocia literalmente con la disputa del monopolio de la violencia estatal: “poder y contrapoder”. La guerrilla que había nacido como una forma de resistencia y hostigamiento contra la estructura monolítica militar ahora aspiraba a parecerse a ella y disputarle su lugar. Se colocaba así en el lugar más vulnerable; y las Fuerzas Armadas respondieron con todo su potencial de violencia”, afirma Pilar Calveiro (p.17).

El reclamo de orden por parte de amplios sectores de la sociedad permitió la vuelta de los militares al poder. La necesidad de una *cirugía mayor* –así llamada por los militares- que extirpara “el cáncer subversivo” conllevó la instalación sistemática de los campos de exterminio. A partir de ahí, la respuesta estatal comenzó a concentrarse en el ámbito represivo y, si ningún gobierno se privó del uso de la picana a los detenidos políticos, lo novedoso fue el empleo de las técnicas de fusilamiento y desaparición de personas como política de Estado. Y si bien es cierto que nunca hay poder sin represión (y aquí la autora reproduce las hipótesis centrales de la teoría política de Michel Foucault), cuando la tortura a prisioneros, el secuestro y el asesinato político están a la orden del día; y si, además, se eliminan los rastros y “no hay cuerpo de la víctima ni del delito”, el Estado se transforma en un “poder desaparecedor”. (Calveiro: 26).

Quizá, uno de los mejores capítulos del libro es el que se concentra en las relaciones entre los campos de concentración y la sociedad. Más que reproducir la lógica binaria entre víctimas y victimarios, entre inocentes y culpables, Calveiro disuelve en su análisis las dicotomías simplistas para observar los puntos de unión, los lazos y engranajes que unen uno y otro lado; ambos están estrechamente unidos, se reflejan y se reproducen; y mirar a uno, afirma la autora, es mirar al otro. El despliegue del *poder desaparecedor* sólo fue posible en el seno de una sociedad que ya había sido formada en la disciplina militar. El sistema de servicio militar obligatorio será un paso más al diseminar sobre la sociedad el castigo, naturalizando los “*bailés*” –torturas sin tiempo ni fin- como un recuerdo festivo de los años de la conscripción.

El establecimiento de los campos de concentración-exterminio en la Argentina no fue solamente un hecho histórico, sino también constituyó el espacio negado y silenciado que todavía hoy produce efectos de verdad sobre el tejido social y político en que vivimos. El decir mudo de los que ya no pueden testimoniar, las voces ausentes establecen las condiciones de posibilidad de su representación.¹⁷

¹⁷ En nuestra contemporaneidad, muchos son los testimonios y las reflexiones escritas que perduran sobre los campos de concentración, pero ningún autor como Giorgio Agamben pudo dar en el blanco y acertar en la interrogación sobre el horizonte de posibilidad, la estructura jurídica y política de un campo: “La pregunta correcta con respecto a los horrores cometidos en los *campos* no es, por consiguiente, aquella que inquiere hipócritamente cómo fue posible cometer delitos tan atroces en relación a seres humanos; sería más honesto, y sobre todo más útil, indagar atentamente acerca de los procedimientos jurídicos y los dispositivos políticos que hicieron posible llegar a privar tan completamente de sus derechos y de sus prerrogativas a unos seres humanos, hasta el extremo de que llevar a cabo cualquier acción contra ellos no se considerara ya como un delito.” (2001: 40). Ver Giorgio Agamben. *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia: Editorial Pre-textos, 2001.